

En el tercer capítulo, referido al modelo dinámico agregado de Tobin, el Profesor Sargent investiga los efectos de la sustitución de la función keynesiana de flujo de demanda de inversión, por el supuesto de un mercado perfecto de capital. Según el autor, una razón importante para realizar este ejercicio es la de hacer resaltar el importante papel que juega en el modelo keynesiano usual la función de demanda de inversión de las empresas. Por ésto, el presente modelo contribuye a la fundamentación de la tesis de Keynes en la controversia acerca de la igualdad entre ahorro e inversión.

El cuarto trata temas diversos, entre los cuales se destaca la doctrina de los saldos reales, dinero interno y externo y la ecuación de los fondos prestables.

El capítulo siguiente describe la dinámica del modelo macroeconómico keynesiano bajo los supuestos alternativos sobre la formación de las expectativas de inflación. Por una parte, las expectativas se forman adaptivamente: la inflación esperada se obtiene a partir de una serie geométrica de "retardos distribuidos" de las tasas de inflación pasadas. El otro supuesto es el de previsión perfecta. Al pasar del primero al segundo, el modelo keynesiano analizado se convierte en un modelo clásico, aunque las ecuaciones estructurales siguen siendo las mismas.

El último capítulo trata la función de inversión según el modelo de costo de ajuste. Según el autor, "este capítulo describe el intento más feliz que se ha hecho para racionalizar la función de inversión keynesiana, un trabajo debido a Eisner y Strotz (1963), Lucas (1967), Gould (1969) y Treadway (1969). La clave de esta teoría, es que existen costes asociados con el ajuste rápido de la cantidad de capital, y que tales costes aumentan rápidamente con la tasa absoluta de inversión: tan rápido que, de hecho, la empresa nunca intenta conseguir un salto instantáneo de su cantidad de capital".

Un comentario aparte merece el instrumental matemático usado por el Profesor Sargent. El mismo requiere del lector conocimientos avanzados en la materia. Este instrumental matemático le da al libro la complejidad necesaria —aunque resulte paradójico— para una completa comprensión del mismo, siempre y cuando, claro está, el lector se encuentre en posición de interpretarlo.

En síntesis, se trata de un libro que encierra muchas de las ideas esbozadas por el Profesor Sargent en la gran cantidad de artículos que ha publicado; está destinado por su didáctica, principalmente a cursos de postgrado y a profesores de economía, y engloba un novedoso tratamiento de numerosos problemas de macroeconomía actual. La obra se completaría con la traducción de la segunda parte del original en inglés —que está compuesto de un solo volumen—, y que trata de la macroeconomía estocástica; lo cual redondearía un muy interesante tratado sobre análisis avanzado de temas de macroeconomía.

M. H. Lliteras

SAUVY, ALFRED, Costo y valor de la vida humana, Buenos Aires, Emecé Editores, 1980, págs. 319.

"Una vida no vale nada, pero no hay nada que valga una vida". Con esta frase de André Malraux, cuyo juego de palabras encierra la pugna, trágica a menudo, entre la vida humana y los objetivos económicos, inicia el autor la tarea, que él mismo caracteriza como delicada, de contestar a la pregunta: "¿cuánto vale una vida humana?" (pág. 9).

El libro está compuesto por un prólogo y 24 capítulos relativamente cortos seguidos de una lista bibliográfica y un índice de nombres citados. Estimamos que el profundo contenido humano del libro justifica dar a esta reseña una extensión más amplia.

Luego de una breve reseña histórica de los intentos por asignar precio a la vida humana (cap. 1), se ocupa de la esclavitud en la antigüedad y en la época moderna. del precio de los esclavos y sus condiciones de vida, así como del tráfico de recién nacidos (cap. 2). En seguida analiza los casos de dependencia de unos hombres frente a otros, en los que está en juego la vida misma. Así se ocupa del asalariado y desnuda algunas concepciones de los paternalistas franceses Boullainvilliers y Faiguet de Villeneuve, por ejemplo, cuando el primero afirma: "El populacho es útil..., es necesario velar por su conservación" (pág. 36). También pasa revista a las teorías del salario de subsistencia y la regulación de la población a través de él. Luego, llevado por su aprecio por la ecología, elabora un modelo de economía de subsistencia y trata de contestar a la pregunta: "cuando las provisiones no existen en cantidad suficiente, hay hombres que deben desaparecer, por tanto, ¿por qué procedimiento se hace la selección?" (cap. 3). Siempre en vinculación con la vida humana analiza luego casos de rehenes y los rescates pedidos y pagados por ellos, en la Antigüedad, Edad Media y los tiempos modernos (cap. 4).

A continuación analiza el costo y el valor de la vida humana según la edad. El costo está vinculado con los gastos que la sociedad ha efectuado —alimentos, educación, etc.— en ese hombre y el valor con el beneficio que espera obtener de él. En la infancia y adolescencia el hombre consume más de lo que produce y en consecuencia cuesta a la sociedad. Durante la vejez consume más de lo que produce y nuevamente cuesta a la sociedad. Analiza cada edad en forma detallada y formula luego un modelo simplificado en el cual al final de la vida el costo es igual al valor, es decir, lo que consumió resulta igual a lo que produjo. En todo momento, el valor es igual a su costo menos lo que ha producido hasta este momento. La edad crítica es aquella en que el valor es nulo, hacia los 40-45 años. Según este planteo el valor del hombre aumenta mientras no hace nada y disminuye mientras trabaja. (cap. 5) A continuación estudia el costo y el valor del hombre en diversos países, pasando del esquema simple del capítulo anterior a los mecanismos de una economía industrial moderna (cap. 6). En el capítulo siguiente trata de demostrar —recurriendo a la experiencia histórica— que el temor, muy difundido de que el hombre puede ser reemplazado por máquinas, es infundado (cap. 7).

Con respecto al problema de las migraciones, muestra la necesidad de estimar el costo y el valor de los hombres para establecer, por ejemplo, los beneficios o perjuicios que se verifican tanto en el país receptor como en el de origen. Analiza la migración de trabajo y especialmente de trabajo altamente calificado ("brain drain") y destaca los beneficios que obtuvo: de 1960 a 1972 los países pobres han perdido (según las Naciones Unidas) 300.000 investigadores, médicos y cirujanos (pág. 116) (cap. 8). Luego estudia la evolución de la ciencia y profesión médica y de las tasas de mortalidad en los diversos países y en el mundo. Trata de mostrar la necesidad de estimar el precio de la vida humana para tomar decisiones razonables en el área de la salud (cap. 8).

A continuación se ocupa de las formas en que "la sociedad se libera de las personas que juzga indeseables, los viejos y otras categorías de indeseables (pág. 141). Cuando el hombre ya no puede ganarse la vida tiene un valor nulo o negativo para la sociedad. Según el autor, el envejecimiento demográfico es el fenómeno más importante de nuestra época y el menos conocido. Considera la actitud de la sociedad frente a los ancianos como un compromiso que oscila entre la preocupación por la solidaridad manifestada abiertamente en toda ocasión y el deseo de liberarse de esta carga (cap. 10). Se ocupa de otros indeseables: los inválidos, los vagabundos, los enfermos mentales, los extranjeros o algunos de ellos, los opositores políticos o doctrinarios. Analiza más en detalle el problema de los niños abandonados o expósitos y la actitud de la sociedad frente a ellos a través de la historia. Sin duda, es en cuestiones como éstas en que Sauvy ataca las hipocresías sociales y pone en claro la desigualdad social ante la muerte (cap. 11). También para la opinión pública, el valor de una vida varía según la posibilidad de identi-



cación de una persona y las condiciones en que su vida está en juego. Así, si faltan algunos centímetros cúbicos de suero para un niño bien identificado, la emoción es intensa pero no ocurre lo mismo con las descripciones de la mortífera subalimentación de millones de niños de África o de Asia, porque estas vidas no han sido identificadas (cap. 12). Al reflexionar sobre la desigualdad social frente a la muerte, considera la duración de la vida de los pobres en relación con la de los ricos así como las diferencias existentes en el pasado y en la actualidad (cap. 13).

Luego se ocupa del problema de la edad límite y de las controversias al respecto (cap. 14), destacando la importancia de considerar además de la duración de la vida, también su calidad. Estima que se seguirá utilizando la esperanza de vida clásica cuantitativa, basada en la equivalencia de todos los años, debido a que no es posible asignar un coeficiente de ponderación a cada uno de los años de la vida (cap. 15). Considera a continuación muertes semivoluntarias (por mala alimentación, alojamiento deficiente, asistencia médica e higiene insuficientes, alcohol, tabaco, estupefacientes) los suicidios y homicidios como causas de muerte (cap. 16 y 17). La necesidad de asignar a la vida humana un valor económico cobra actualidad en caso de guerras y matanzas. Pero, como se considera un sacrilegio atribuirle un valor numérico cualquiera, se prefiere no tomarla en cuenta, lo que equivale a atribuirle un valor económico nulo (cap. 18). Los accidentes, constituyen una de las principales causas de muerte. Refiriéndose a los de tránsito subraya las deficiencias en la acción estatal para prevenirlos y las reticencias de la opinión pública a la aplicación de medidas de tal naturaleza (cap. 19):

Examina a continuación la evolución y la distribución de la población global y regional. Señala las dificultades implícitas en el concepto de óptimo de la población. Redefine el "problema del hambre" como el de la desnutrición y de la mala nutrición que al disminuir las defensas orgánicas aumentan las enfermedades que producen muertes. Critica la prioridad que se dió en los países desarrollados, después de la guerra, a la industria en desmedro del agro, donde, en realidad, reside la base del desarrollo. Rechaza los métodos aplicados en los países subdesarrollados hasta ahora, con pobres resultados, para reducir la natalidad y propone enseñar a los padres a valorar la vida del hijo a través de los extremados cuidados que se le debe otorgar y postergar en esta forma el siguiente. Observa que en muchos países la alimentación es insuficiente y que muchos niños están condenados a morir, mientras tanto el nivel de alimentación en los países ricos excede las normas de buena salud. Estima que una redistribución alimentaria no demasiado radical bastaría para suprimir los excesos de mortalidad debida a la subalimentación. Luego se ocupa de las hambrunas, la agropolítica y la química aplicada a la industria alimenticia (cap. 20 y 21). El autor se preocupa a continuación por el envejecimiento de la población en Francia y otros países industriales. Hay ahí un rechazo a la vida, que es colectivo y se manifiesta como un rechazo al hijo considerado un estorbo o intruso (cap. 22). Por fin trata los problemas de la eutanasia y el aborto (cap. 23).

La lectura de este libro del Profesor Sauvy, resulta muy interesante tanto porque está escrito en un estilo claro como porque el autor está siempre en búsqueda de originalidad, a veces también de expresiones impactantes ("¿era más justa la esclavitud?" pág. 104). Crudo en el análisis de los hechos, discute diversos enfoques que provienen de las escuelas de pensamiento mercantilista, clásico, neoclásico, marxista, keynesiano, etc. y rechaza los dogmas y las teorías preconcebidas.

Otro rasgo, tal vez el motor de este trabajo, es un sincero sentimiento humanitario que el autor casi siempre oculta con un sutil velo de amarga ironía. Manifiesta, p. ej., que el aparentemente generoso lema "la vida humana tiene precio", en realidad significa —tal como lo muestran en muy diversas circunstancias las sociedades modernas, tanto en los países desarrollados como subdesarrollados, capitalistas o socialistas— que "la vida humana no vale nada".

Utiliza frecuentemente datos estadísticos y econométricos. Compara en los diversos temas tratados, países entre sí, regiones, épocas. Recurre con frecuencia a datos históricos. Manifiesta cierta preocupación especial por Francia. Una de sus convicciones es que el enfoque mone-

tario falsea la realidad y que es necesario plantear las cuestiones (p. ej. recursos o riquezas disponibles en relación con la población) en términos reales. También hay una crítica a los enfoques modernos que fomentan el consumo y ponen el acento en la demanda, en especial vinculación con la desigual distribución de recursos y alimentos, etc., en el mundo, y otros problemas acuciantes como el de la desnutrición y el hambre. Así p. ej., el "rico bueno" es aquel que consume poco e invierte mucho creando así empleos.

No hay en el libro (los títulos de los capítulos lo demuestran) una hilación de ideas que, en forma sistemática, lleve a una conclusión o algunas conclusiones generales (el capítulo denominado "conclusión", brevísimo, no hace sino repetir algunos conceptos ya expuestos en el libro). Hay, en cambio un sinnúmero de problemas, hechos e ideas (tantos, que no todos han podido ser mencionados en esta reseña) que conforman una visión caleidoscópica de la problemática del libro (si bien, como una preocupación constante y conclusión implícita de la obra, está siempre presente la necesidad de asignar a la vida humana un precio o un valor). La riqueza de ideas, muy fecundas, implica en ciertos temas cierta falta de profundización que el mismo autor reconoce. Lo positivo de tal actitud es que deja un gran estímulo para seguir analizándolos. Pone el acento en una serie de lemas de los que se habían ocupado hasta ahora poco o mal los pensadores vinculados a esta área (economistas, sociólogos, ecólogos, etc.). Por ello considero la lectura de este libro muy estimulante y de suma utilidad en particular para quienes se dedican a las disciplinas vinculadas con problemas demográficos. Es un libro en defensa de la vida.

A. Vercesi

### THUROW, LESTER C., *The Zero-Sum Society. Distribution and the Possibilities for Economic Change*, New York, Penguin Books, 1981, págs. 230.

El autor observa con preocupación el declinante desempeño de la economía estadounidense e intenta explicarlo a través del análisis de sus problemas más acuciantes: la energía, la inflación, el crecimiento lento y las restricciones cada vez mayores para el desempeño de la actividad privada.

Aunque presentado en el primer capítulo, emerge a lo largo de todo el libro el convencimiento de que la economía norteamericana se caracteriza por un sustancial elemento de suma cero. Un juego de suma cero es aquél en el que las ganancias igualan a las pérdidas y en el que la existencia de ganadores es la que determina la de perdedores: son las dos caras de una misma moneda. El problema más importante que enfrenta un gobierno en una economía de esta naturaleza es el de la asignación de las pérdidas. Según Thurow, la de los Estados Unidos es la economía menos adecuada para efectuar esta asignación. No se trata de que los problemas carezcan de solución, sino que implican la adopción de medidas que inevitablemente perjudicarán a amplias capas de la población. Pero en la actualidad ya no existen grupos desguarnecidos sobre los que se puedan infringir las pérdidas. Las minorías se han vuelto militantes y sus prácticas de defensa llegan a paralizar la acción del gobierno.

El capítulo 2 pone énfasis en la falta de criterios de equidad como el principal obstáculo para la solución del problema de la energía en los Estados Unidos. El remedio que la teoría económica prescribiría es por demás simple: dejar actuar a las fuerzas del mercado y permitir